

contemplándolo todo
sin decir algo;
en el campo, flores,
en el cielo, nubes;
no tengo todavía la edad de la razón.

Notemos toda esta susceptibilidad de impresionarse hasta en los hechos al parecer triviales, pasajeros, quizá insignificantes de la vida, en este poema, en esta «Fantasía infantil», que es como para leerla seguida, fluidamente, como en la suavidad de un corto vaeio:

Sobre un plato de porcelana
todos los días, a una misma hora
en el lugar que callo,
encuentro un rojo caramelo
casi diluido por unos labios
que deben ser rojos,
que deben ser dulces,
que deben ser raros
como este rojo caramelo
que todos los días, a una misma hora
y en un lugar que callo,
me dejan unas manos
que yo no he visto,
que no he amado,
y que deben ser raras y dulces y amables
como este rojo caramelo
que encuentro todos los días
a una misma hora
y en el lugar que callo,
sobre un plato de porcelana.

Y esa cuestión del caramelo que han diluido unos labios, y que le dejan unas manos, y que en un lugar que callo, tan infantil como su nombre lo indica, tan pasajero como todo lo infantil, entraña además de esa puerilidad y esa ternura el hondo significado de las cosas inconcientes, o de los hechos de los cuales no alcanzamos a adquirir conciencia, cuya explicación no acertamos ni nos proponemos, refiriéndonos únicamente al hecho en que se revelan, a sus manifestaciones externas. Basta que un poeta haya visto en ese detalle un motivo para un verso, para que el detalle deje de sernos indiferente.

Y aquí terminarían estos breves apuntamientos que se me han ocurrido al margen del libro de Andrés Avelino. Apuntamientos cuyo único fin es descubrir en el poeta la influencia del movimiento que hoy tantas discusiones y disparidades de opinión provoca. Discusiones y disparidades sustentadas en gran parte por la sinceridad de los unos y la falta de un poco de dedicación en los otros.

Podría objetarse que cada uno de los aspectos que hemos señalado en Avelino se encuentran en muchísimos poetas: mucha razón tendrían; la «evolución hacia adentro» se deja sentir en la literatura desde hace algunos años; y se podría ir más allá agregando a la objeción que en otros poetas no hay necesidad de tanta graduación, y es verdad. Precisamente porque en Avelino se encuentran compendiados los principales aspectos del fenómeno, y en

forma tan excelente como lo hemos visto, lo hemos encontrado más a propósito para hablar de éste en lo que de amplio y significativo tiene: desde los primeros escalones de esta escala superior que hoy empieza a ser familiar a los poetas, hasta sus más profundas y magníficas promesas. Pero los escritores en que se encuentren algunos de estos aspectos no pueden juzgarse por su obra propiamente sino que deben buscarse sus antecedentes, a través de los cuales se descubre la influencia de las ideas «hacia adentro».

Hace falta un estudio de esta influencia en Rubén Darío; a Darío se le ha estudiado por las variaciones exquisitas de expresión y el mayor grado de sensibilidad y apreciación de las cosas que han sido sentidas y apreciadas; más en sus últimos años, a partir de su dulce estancia en las islas doradas del Mediterráneo, Darío siente lo que antes no hubo sentido, y en sus versos se encuentra una expresión más honda de las cosas. Neruo es una excepción digna de especial estudio en América por su hiperestesia, por su constante conmoción ante los hechos superiores de la vida, sin que su misma sensibilidad le permitiera la serenidad de ánimo, indispensable para explicarlas o darles una aplicación práctica en favor del corazón humano.

Debemos recordar a aquel anciano formidable que se llamó Pedro B. Palacios y que se hizo llamar Almafuerte. Vienen a la imaginación, brillantes, los versos sencillos de Martí, los fuertes motivos de los versos de Herrera y Reissig. Las actuales generaciones de poetas de América ofrecen, todas, divinas manifestaciones de la evolución «hacia adentro», iniciada en forma aquí en nuestra América hace ya un cuarto de siglo. Imperiosamente nos llega un tropel de recuerdos, desde las dulzuras sencillas y sugestivas de un Alberto J. Ureta hasta las ocurrencias en verso de Luis Carlos López; citar algunos nombres sería un absurdo: más bien habría que citar a los pocos en quienes la influencia no es muy notoria o no se ha hecho sentir aún;

Heliodoro Valle, sin embargo, nos ofrece una oportunidad especial para el estudio de los recursos de expresión de la nueva poética. ¿Y qué diríamos de las poetisas que han florecido en las tierras de nuestra América, dando un caso único en la historia de la humanidad? Indiscutiblemente la literatura de la América Latina deberá estudiarse desde puntos de vista muy diferentes de los que han regido hasta hoy análogos estudios, y no podrá hacerse sin la apreciación de causas biológicas, étnicas, espirituales, de profunda influencia en los fenómenos sociales del mundo.

El más completo y maravilloso de los poetas de América, dentro de las ideas que sustentamos, por su penetración podríamos decir plena de las concepciones «hacia adentro», es don Roberto Brenes Mesén, cuyos versos, desde un principio, brotaron al impulso de las más elevadas palpitaciones del espíritu, y a quien alguna vez se ha querido juzgar, *imitando* la inteligente observación que se hiciera a los renacentistas con respecto a la anatomía, primordialmente propuesto a revelar sus hondos conocimientos de la lengua.

Andrés Avelino, Rafael Augusto Zorrilla, R. A. Henríquez, Vigil Díaz, F. T. Domínguez, Luis Arm. Abreu, Armando Alvarez Andrade, agrupados en torno de D. Moreno Jiménez, a quien reconocen como Maestro, son una falange vigorosa de indudable valor y de palpable trascendencia en las letras latino-americanas; he encontrado en sus exposiciones de principios referentes al «Postuismo» innovaciones que no ha sido del caso apreciar en estos apuntes, si se quiere marginales, en las cuales se notan compendiados los fundamentos estéticos y psicológicos de las versificaciones «hacia adentro», como he encontrado en algunas revistas estudios que compendian hasta cierto punto los fundamentos técnicos de la métrica nueva.

RAFAEL ESTRADA.

San José, C. R., agosto de 1923.

Hay que enseñar al que no sabe

México, D. F., Setbre., 23 de 1923.

EL día de hoy culminará en México la propaganda que desde hace algún tiempo se viene desarrollando por la Dirección de la Campaña contra el Analfabetismo, a cargo de la señorita profesora Eulalia Guzmán y dependiente de la Secretaría de Educación Pública.

«Enseñar a leer a quien no sabe», será la frase que repetirán el día de hoy por todos los ámbitos de la ciudad los miembros de la Cruzada contra la ignorancia, en una manifestación pública que ha venido siendo organizada con todo cuidado desde hace algunas semanas.

Ayer, a mediodía, el señor licen-